



NORA ROBERTS

SAGA LOS MACGREGOR

Los novios MacGregor

Daniel MacGregor, el poderoso patriarca de la familia MacGregor, consiguió que sus nietas se casaran. Y ahora quería hacer lo mismo con tres de sus nietos, tres buenos partidos aunque siguieran empeñados en su soltería. Así que buscó a tres mujeres capaces de tentar y hacer sufrir a D. C., a Duncan y a Ian hasta llevarlos al altar. Mientras tanto, él iba a disfrutar contemplando, con gran satisfacción, cómo se desarrollaban sus planes...

De las memorias de Daniel Duncan MacGregor

A estas alturas de mi vida, los años pasan a toda velocidad, la estaciones se suceden una tras otra, así que debería saborear cada momento, vivirlo plenamente.

Por supuesto, sentía lo mismo cuando tenía treinta años.

Ahora, en esta última etapa de mi vida, he podido ser testigo de cómo cuatro de mis nietos encontraban el amor, se casaban y formaban una familia. Primero Laura, después Gwen. A Gwen le siguió Julia, y el último ha sido Mac. Todos ellos han formado un hogar, están construyendo una vida junto a su alma gemela.

Y yo me pregunto, ¿por qué han tenido que esperar tanto para casarse? Si por ellos hubiera sido, todavía andarían solteros y Anna no tendría un solo nieto al que acunar en su regazo. ¿Pero les pido por ello gratitud? Por supuesto que no. Como cabeza de esta familia, cumplo con mi deber sin necesidad de recibir nada a cambio. Es mi obligación y, al mismo tiempo, un placer ver a todos mis polluelos convenientemente asentados.

A mí me parecía que después de tanto matrimonio, el resto de mis nietos seguiría el ejemplo. Pero no, los MacGregor siempre han sido gente cabezota e independiente. Y Dios los bendiga por ello.

Afortunadamente, todavía estoy aquí para ayudar a que las cosas se hagan como es debido. He visto a tres de mis nietas en el altar y le di un empujoncito a mi primer nieto para que se casara. Algunos lo considerarían una intromisión en su vida, pero yo digo que es una cuestión de sabi-

duría. Y he decidido que ya va siendo hora de volver a aplicar un poco de esa sabiduría con el nieto que lleva mi nombre, Daniel Campbell MacGregor.

Es un chico estupendo. Inteligente y sagaz, aunque también un poco temperamental. Es atractivo. Se parece un poco a mí cuando tenía su edad, así que no le falta la compañía femenina. Tal como yo lo veo, eso también es parte del problema. Demasiada cantidad y no suficiente calidad.

D. C. es un artista y aunque yo no entienda ni la mitad de las cosas que pinta, ha tenido un gran éxito. Lo que necesita ahora ese chico es una mujer con la que compartir su éxito, su vida, una mujer que le de hijos y le ayude a centrarse.

Por supuesto, no estoy pensando en una mujer cualquiera. Tiene que ser una mujer firme, inteligente y ambiciosa. En realidad, ya elegí a esa mujer hace tiempo, cuando los dos eran todavía unos niños. He sido paciente, he sabido esperar, conozco a ese chico y sé cómo manejarle.

Es un poco perverso ese D. C. El tipo de hombre que tuerce a la izquierda si le dices que es mejor que gire a la derecha. Supongo que eso viene de los ocho años que pasó en la Casa Blanca cuando su padre fue presidente. Entonces vivió sometido a todo tipo de reglas.

Bueno, ahora, con un poco de ayuda de un buen amigo, conseguiré que el joven Daniel Campbell camine en la dirección correcta. Y dejaré también que piense que lo hace por sí mismo. Un hombre sabio no necesita agradecimientos, sólo quiere resultados.

Primera parte
Daniel Campbell

Capítulo 1

La luz entraba por los ventanales y se derramaba sobre aquel hombre que permanecía frente al lienzo como un soldado en el campo de batalla, blandiendo el pincel como si fuera una espada.

Tenía el rostro de un guerrero: duro, intenso, con unos pómulos afilados y una boca llena, pero apretada en ese momento con un gesto de firmeza y concentración. Los ojos eran de un azul brillante y tenían la frialdad del hielo.

El pelo, de color castaño, le cubría las orejas y se rizaba a la altura del cuello. Llevaba las mangas de la camisa vaquera remangadas. Los músculos de sus antebrazos se tensaban mientras salpicaba de colores el lienzo.

También su cuerpo era el de un guerrero: hombros anchos, cintura estrecha, piernas largas y pies descalzos en aquella ocasión.

En su mente veía explosiones de sentimientos: pasión, deseo, voracidad, avaricia. Y todo ello lo plasmaba en el lienzo mientras la música rock atronaba desde el aparato de música.

Para Daniel, la pintura era una guerra, y estaba decidido a ganarla batalla tras batalla. Cuando estaba de humor para ello, era capaz de pintar hasta sufrir calambres en los dedos. Cuando no era así, podía ignorar los lienzos durante días e incluso semanas.

Mientras sujetaba el pincel entre los dientes, giró la espátula para hacer resaltar una mancha de color esmeralda y sus ojos adquirieron un brillo triunfal.

Por fin lo tenía. Comenzaba a vislumbrar el final de aquella batalla. Una línea de sudor descendía por su espalda. El sol brillaba con fuerza y el calor del estudio era insoportable. Había olvidado conectar el aire acondicionado o abrir la ventana para dejar que entrara la brisa de la primavera.

También se había olvidado de comer, y de mirar el correo, contestar el teléfono o contemplar las vistas que se disfrutaban desde las ventanas de su apartamento.

Retrocedió con el pincel todavía entre los dientes y sonrió lentamente.

—Eso es —musitó.

Dejó el pincel en un frasco con aguarrás y comenzó a limpiar la espátula con expresión ausente.

—Deseo —decidió—. Se titulará *Deseo*.

Por primera vez desde hacía horas, fue consciente del calor sofocante de la habitación y del olor de la trementina y los óleos. Cruzó la estancia de suelo de madera, abrió una de las ventanas y tomó aire.

Habían sido aquellas ventanas y la vista que ofrecían del canal de Chesapeake y Ohio las que le había impulsado a comprar aquel apartamento cuando había decidido volver a Washington. Había crecido en aquella ciudad, había pasado ocho años viviendo en la Casa Blanca cuando su padre había sido presidente.

Durante algún tiempo había vivido y trabajado en Nueva York. Después, se había trasladado a San Francisco, una ciudad que le había gustado. Pero durante sus agitados veinte años, había algo que continuamente lo agujijoneaba. Al final, había decidido ceder a aquel sentimiento y había regresado a casa.

Permaneció frente a la ventana con las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros. Los cerezos estaban en flor y el agua del canal resplandecía bajo la luz de la tarde.

D. C. se preguntó qué día era. Al darse cuenta de que estaba muerto de hambre, se dirigió a la cocina. Aquel áti-

co tenía dos plantas. En la segunda, diseñada para ser el dormitorio principal, D. C. había instalado su estudio. Él dormía en un colchón que había dejado en la habitación de invitados. Ni siquiera se había preocupado todavía de comprar una cama.

La mayor parte de su ropa continuaba en las cajas en la que había llegado dos meses atrás.

La primera planta tenía una espaciosa zona de comedor rodeada de ventanales. En ésta había un sofá, una mesa con un centímetro de polvo y una lámpara de suelo con una pantalla metálica. El suelo de madera de pino estaba pidiendo a gritos una aspiradora.

El comedor anexo a la cocina estaba sin amueblar y la cocina hecha un caos. Los platos y cacharros que no se acumulaban en el fregadero estaban en cajas. D. C. fue directamente hasta la nevera y se llevó la amarga sorpresa de descubrir que dentro sólo había tres cervezas, una botella de vino blanco y dos huevos.

Rebuscando en los armarios, encontró un par de rebanadas de pan, un paquete de café, seis cajas de copos de maíz y una solitaria lata de sopa.

Resignado, abrió una de las cajas de cereales y comió un puñado mientras intentaba decidir qué le apetecía más, si un café o una ducha. Acababa de tomar la decisión de prepararse un café e ir después a la ducha cuando sonó el teléfono. Contestó sin dejar de masticar cereales.

—Ahí está mi nieto.

El gesto duro de su boca se suavizó mientras se recostaba contra el mostrador de la cocina.

—Hola, abuelo, ¿qué pasa?

—Algunos dirían que nada bueno —tronó Daniel—. ¿Es que no contestas los mensajes? He hablado con esa maldita máquina por lo menos una docena de veces. Tu abuela estaba a punto de montar en un avión para asegurarse de que no estabas muerto en la cama.

D. C. arqueó una ceja. Era de todos sabido que Daniel utilizaba la coartada de su esposa cuando quería presionar a sus nietos.

—He estado trabajando.

—Estupendo, eso está muy bien, pero puedes descansar de vez en cuando, ¿verdad?

—Ahora mismo estoy descansando.

—Tengo que pedirte un favor, D. C. y creo que no te va a gustar —suspiró—. No te va a gustar nada en absoluto, y el cielo sabe que no puedo culparte por ello. El caso es que tu tía Myra...

—¿Está bien?

D. C. se irguió inmediatamente. Myra Dittmeyer era la mejor amiga de su abuela, su madrina y un miembro honorario del clan MacGregor. D. C. la adoraba y se recordó sintiéndose culpable que no había ido a verla desde que había regresado a Washington.

—Tu tía está perfectamente, muchacho. Sigue siendo tan luchadora como siempre. Pero, bueno, el caso es que tiene otra ahijada. No creo que te acuerdes de ella, pero la has visto un par de veces. ¿Te acuerdas de Layna Drake?

Concentrándose, D. C. consiguió hacerse una vaga imagen de una niña larguirucha.

—¿Qué pasa con Layna?

—Ha vuelto a Washington. Supongo que conoces Drake's, ese centro comercial. Es propiedad de su familia. Layna está trabajando ahora en la tienda principal de la cadena y Myra... Bueno, será mejor que lo diga directamente. Mañana hay un baile benéfico y Myra está preocupada porque su ahijada no tiene acompañante. Así que ha acudido a mí para pedirme...

—Maldita sea, abuelo.

—Lo sé, lo sé —Daniel utilizó uno de sus suspiros más sentidos—. Mujeres, ¿qué quieres que te diga? Pero le he dicho que te lo pediría.

—Si tía Myra y tú estáis intentando buscarme pareja...

Daniel le interrumpió con una carcajada que le hizo fruncir el ceño a su nieto.

—Esta vez no. Esta chica no es para ti. Es guapa y educada, pero no está hecha para un hombre como tú. Es demasiado fría para mi gusto, y un poco altiva. No, no me gustaría verte mirando en esa dirección. Pero si no puedes acompañarla, le diré a tu tía que te he localizado demasiado tarde y que ya tenías otros planes.

—¿Mañana por la noche? —se pasó la mano por el pelo. Odiaba los actos benéficos—. ¿Hay que ir de etiqueta?

—Eso me temo —respondió Daniel en tono compasivo—. Pero no te preocupes. Llamaré a Myra y le diré que no puedes ir. Es absurdo que pierdas el tiempo con una chica con la que te vas a terminar aburriendo, ¿no te parece? Será mejor que empieces a buscar una posible esposa. Ya va siendo hora de que sientes cabeza, Daniel Campbell. A tu abuela le preocupa que termines viejo y solo, sin un solo hijo. He pensado en una chica para ti. Se llama...

—Iré —lo interrumpió D. C. en un acto reflejo.

Si Daniel no tenía una gran opinión de la ahijada de Myra, eso significaba que después no estaría llamándole constantemente para ver cómo iba su relación.

—Dime a qué hora y dónde tengo que ir a recoger a esa chica.

—Que Dios te bendiga. Te debo una. El acto es a las ocho, en el hotel Shoreham. Layna vive en la que era la casa de sus padres —Daniel le dio la dirección mientras se examinaba las uñas—. D. C. te agradezco que me hayas sacado de este lío.

—Tía Myra, no me digas eso —Layna Drake permanecía frente a su madrina en ropa interior con un vestido de seda blanco en el brazo—. ¿Una cita a ciegas?

—En realidad no es una cita a ciegas —Myra sonrió—. Os conocisteis cuando erais niños. Sé que es una imposi-

ción, pero Daniel rara vez me pide nada. Sólo será una noche y, al fin y al cabo, pensabas ir.

—Pero yo pensaba ir contigo.

—Iré de todas maneras. Es un joven muy amable, cariñoso. Un poco quisquilloso, pero un buen hombre —sonrió feliz—. Por supuesto, todos mis chicos son maravillosos.

Myra continuó sonriendo mientras se sentaba y estudiaba con atención a su ahijada. Myra era una mujer pequeña con el pelo blanco y suave como la nieve. Y tenía una mente tan afilada y rápida como una navaja automática. Cuando se veía obligada a hacerlo, como en aquel momento, era capaz de adoptar un aire de frágil indefensión.

—Daniel esta preocupado por él —continuó diciendo—. Y yo también. Ese muchacho pasa demasiado tiempo solo. Pero, sinceramente, no me habría imaginado nunca que al mencionarle a Daniel que habías vuelto a Washington pudiera metérsele esa idea en la cabeza, Yo sólo... —movió las manos con un gesto de impotencia—. El problema es que no supe decirle que no, pero soy consciente de que para ti es una imposición.

—No te preocupes —Layna transigió al final. Era incapaz de ver sufrir a su madrina—, pensaba ir de todas formas —se puso el vestido—. ¿Nos vamos a encontrar con él allí?

—Eh... —Myra se levantó—, la verdad es que no tardará en venir a buscarte, Nosotras nos veremos allí. Dios mío, mira qué hora es. Mi chófer debe de estar preguntándose que qué me ha pasado.

—Pero...

—Te veré dentro de una hora —se despidió Myra, moviéndose a una velocidad sorprendente en una mujer de su edad—. Estás guapísima —añadió, una vez a salvo en las escaleras.

Layna, enfundada ya en el vestido de seda blanco, dejó escapar un suspiro. Típico de Myra, se dijo. Su madrina po-

nía hombres constantemente en su camino, lo que la dejaba a ella en la incómoda posición de tener que apartarlos.

El matrimonio era algo que había descartado. Tras haber crecido en una casa en la que las formas eran más importantes que el amor y las ocasionales aventuras de sus padres eran convenientemente ignoradas, no tenía ninguna intención de reproducir una relación similar. Y en aquel momento, su carrera profesional era mucho más importante que tener a alguien con quien cenar un sábado por la noche.

Pretendía continuar su firme ascenso en la empresa de la familia. Según sus cálculos, en diez años podría llegar a ser directora ejecutiva de la empresa.

Drake's no era sólo un gran almacén, era toda una institución. Estando soltera, podría dedicar todo su tiempo y todas sus energías a mantener su estilo y su reputación.

Ella no era como su madre, pensó Layna frunciendo ligeramente el ceño, que pensaba que Drake era su armario particular. O como su padre, que siempre había estado más preocupado por los beneficios que por las innovaciones o las tradiciones. Para Layna, Drake's era al mismo tiempo una responsabilidad y un motivo de alegría. Era, suponía, su verdadera familia.

Algunos podrían considerar triste aquella afirmación, pero ella se encontraba cómoda en su situación.

Se subió la cremallera del vestido con un movimiento rápido. Parte de sus responsabilidades hacia Drake's consistían en asistir a diferentes actos sociales. Para Layna, era simplemente como un cambio de marchas, pasar de una fase del trabajo a otra. Y parte de su trabajo también consistía en ir convenientemente acompañada a esos actos.

Por lo menos, en aquella ocasión su tía Myra no parecía tener ningún interés en casarla. Se trataría solamente de pasar la velada con un desconocido.

Se volvió y se puso los pendientes de perlas y diamantes que había elegido para aquel vestido. La habitación en

la que se encontraba reflejaba su gusto, una elegancia sencilla con un toque de lujo. El antiguo cabecero de madera de cerezo, la superficie pulimentada de la mesa, los jarrones de flores... Su casa, pensó con orgullo. Porque había conseguido hacerla suya.

Frente a la chimenea de mármol había un agradable rincón para sentarse y un tocador con toda una colección de frascos de perfume de colores llamativos.

Seleccionó una esencia y se perfumó con aire ausente mientras, por un instante, sólo por un instante, se permitía desear pasar la noche tranquilamente en casa.

Había pasado diez horas trabajando en Drake's. Le dolían los pies, tenía el cerebro entumecido y el estómago vacío. Pero dejando todo eso de lado, se volvió hacia un espejo de cuerpo entero para ver cómo le quedaba el vestido. Era un vestido que descendía en línea recta hasta los tobillos, dejándole los hombros al descubierto. Completó su atuendo con una chaqueta corta, se puso los zapatos y revisó el contenido del bolso.

Cuando sonó el timbre, suspiró. Por lo menos era puntual.

Recordaba vagamente a D. C. de la infancia. En aquel entonces, estaba demasiado impresionada y nerviosa por la posibilidad de conocer al presidente como para fijarse en nadie más. Pero había seguido oyendo hablar de él durante años.

Era pintor, se recordó mientras comenzaba a bajar las escaleras. De un estilo contemporáneo que ella ni siquiera intentaba comprender. Layna siempre había preferido a los clásicos. Recordaba vagamente un escándalo entre D. C. y una bailarina, ¿o sería una actriz?

En fin, pensó, suponía que cualquier cosa que hiciera el hijo de un ex presidente se convertía en noticia. Ella prefería con mucho trabajar en un segundo plano.

Y obviamente, aquel hombre no podía tener tanto éxito con las mujeres como se suponía si ni siquiera era capaz de

encontrar por sí solo una cita para la noche del sábado.

Esbozó una sonrisa y abrió la puerta. Y sólo los años de educación con las monjas suizas y la disciplina que con ellas había aprendido impidieron que le mirara boquiabierta. ¿Era posible que aquel hombre de aspecto peligroso, con el pelo del color de su preciada mesa de caoba y los ojos tan azules que parecían desprender fuego necesitara que su madrina le concertara una cita?

—¿Layna Drake?

Debía haberse equivocado de casa, fue lo único que D. C. pudo pensar. Aquella mujer resplandeciente enfundada en un vestido de seda blanco no tenía nada que ver con la niña que él recordaba. El pelo fino y rubio de antaño se había convertido en una melena dorada y sedosa que enmarcaba un rostro que podría haber estado esculpido en marfil. Tenía los ojos verdes, muy brillantes.

Layna consiguió recuperarse y sin perder la sonrisa, le tendió la mano.

—Sí. ¿Daniel MacGregor?

—D. C., Daniel es mi abuelo.

—D. C., entonces —en otras circunstancias, le habría invitado a pasar, pero había algo en aquel hombre que la hacía sentirse incómoda. Era demasiado masculino, decidió —. Bueno —salió y cerró la puerta tras ella—, ¿nos vamos?

—Claro.

Fría y altiva, había dicho su abuelo, y D. C. decidió que había dado en el clavo. Definitivamente, era una princesa de hielo.

Layna miró al antiguo deportivo que había aparcado en la acera y se preguntó cómo demonios iba a meterse en ese coche con un vestido como el que llevaba.

«Tía Myra», le preguntó mentalmente a su madrina, «¿en qué lío me has metido?».

Capítulo 2

Layna se sentía como si estuviera dentro de una caja de zapatos con un gigante. Aquel hombre debía medir por lo menos dos metros. Y, sin embargo, parecía encantado conduciendo un coche de juguete, a toda velocidad, por cierto, por las transitadas calles de Washington. Layna se aferró al tirador de la puerta, comprobó el estado de su cinturón de seguridad y rezó para no terminar aplastada contra el parabrisas antes de que comenzara la velada.

Un poco de conversación, decidió, la ayudaría a borrar aquella desagradable imagen de su mente.

—Tía Myra me ha contado que nos conocimos hace años, cuando tu padre era presidente —la última palabra terminó con un graznido ante el intento de D. C. de meter el coche entre un autobús y una limusina.

—Sí, eso es lo que me han dicho. ¿Hace poco que has vuelto a Washington?

—Sí —al darse cuenta de que había cerrado los ojos, Layna alzó la barbilla y volvió a abrirlos de nuevo en un acto de valor.

—Yo también —olía maravillosamente, pensó D. C. Pero su fragancia le distraía, así que abrió la ventanilla para que entrara aire en el coche.

—¿De verdad? —tenía el corazón en la garganta. ¿Acaso no se había dado cuenta de que el semáforo estaba en rojo?—. ¿Llegamos tarde?

—¿Por qué lo dices?

—Pareces tener prisa.

—No particularmente.